

Códigos -relaciones codificales-

José Luis Morales

Periodista, Madrid

Cualquier mención de la materia misma constituye siempre el enunciado de un código, ya sea una mención vaga o difusa, ya sea una mención completa y absoluta, sea lejana, o aproximada y relativa. Sólo no es código la materia misma. Cualquier cuerpo tangible aquí y ahora no es nunca un código, pero todo lo que ese cuerpo inspire para transmitir la idea del mismo constituye una cadena de códigos en sucesivas divisiones. Conceptuar, pensar, pintar, hablar o escribir son códigos derivados de la materia misma que se toma como referencia. Ese autogenismo codifica; no sólo se refleja en los enunciados sino que se precisa progresivamente en subcódigos y retrocódigos que explicarán el código mismo.

La asunción del concepto derivado de la materia viene a constituir el código pleno, el código absoluto, sin lugar a dudas. Otros códigos universales serían los reflejados en la fotografía, en la medida en que -como decía Godard- es la verdad, y siempre y cuando no sea manipulada por la creatividad u originalidad del autor o de los autores. Los códigos restringidos tienen en el idioma su más preclaro reflejo. El idioma en sí mismo tiene además varias divisiones **codificales, dependiendo de** la dimensión cualitativa del mismo y de su proyección en la escritura. Los idiomas ágrafos, minoritarios, sin lugar a dudas, sólo tienen en la tradición oral el código que les une. Los grandes idiomas, sin excepciones, tienen una grafía codificable que se enriquece cotidianamente con las renovaciones tecnológicas y con las creaciones de nuevos sememas y nuevos fonemas, que en sí mismos constituyen igualmente nuevos códigos.

Otros códigos vienen marcados por el gesto, el tono de voz, la enunciación de las oraciones, e incluso la mímica, desde el código comunicacional de los sordomudos hasta la lectura por sensibilidad epitelial que adoptan los ciegos. Otros códigos restringidos quedan reflejados en órdenes secretas, situaciones de clandestinidad, asociaciones religiosas y sectas ocultas, hasta los códigos de circulación, el morse y las comunicaciones cifradas de tipo militar y de carácter diplomático. Todos ellos entroncan siempre con el origen del que se derivan y al que representan: la materia misma.

La especialización en el estudio del mundo de los códigos va desde la filosofía hasta la historia, pasando por las matemáticas, la física, la geometría, la historia o el periodismo. El conocimiento y la erudición de los códigos, y su coepta o incorrecta utilización, constituyen uno de los más serios fundamentos de las vigentes culturas de nuestro tiempo. Forma parte de la cultura del conocimiento. Y es preciso entonces señalar que tradicionalmente la cultura en el orden del conocimiento ha sido una prolongación de la propiedad, y que este patrimonio ha servido para instrumentalizar, ignorar o eliminar la cultura en el orden del comportamiento; cultura, ésta, que ha dado coherencia a las sociedades de actitudes singulares y de particulares características diferenciadoras. Es un hecho que con el desarrollo económico, devenido sobre todo a partir de la revolución industrial y acelerado por la revolución científica y técnica, la socialización de la cultura del conocimiento, aunque haya sido en dimensiones relativas, ha permitido que códigos ajenos y lejanos hayan podido ser descifrados, es decir, descodificados para su transmisión y su posterior enunciado oral o reflejo codifica; gráfico.

Los códigos son conductores de la comunicación misma. Por lo tanto, la manipulación de los conductores en las relaciones humanas altera la naturaleza de la relación misma. Es en gran medida lo que ocurre actualmente con el mensaje informativo divulgado a través de los medios de comunicación. Es lo que ocurre actualmente con la patrimonialización del periodismo. Una de las máximas del imperio romano viene reflejada por el siguiente aforismo: «Quod non est in actis non est in mundi» (lo que no está en las actas no está en el mundo); es decir, que en versión moderna, de manipulación en manipulación, podemos señalar que lo que no aparece en los periódicos, no existe. Lección que han aprendido bien los dictadores de turno. Así lo reflejaba el preboste del franquismo Camilo Alonso Vega cuando señalaba que a él no le preocupaban las huelgas en las fábricas, las manifestaciones en la calle o la revuelta estudiantil, sino que salieran en los periódicos; para luego seguir señalando que cuando una información, por lo que fuera, no podía ser utilizada a favor del régimen, la solución no era cerrar los periódicos, sino fusilar a los periodistas.

La manipulación del pensamiento y del comportamiento humano arranca de la utilización deformada de los códigos escritos, orales, icónicos, o de la combinación de algunos de ellos o de todos a la vez. Porque la sucesión de los códigos, en la comunicación moderna sobre todo, viene establecida por la relación entre las cosas, entre las mismas cosas y los seres humanos, y entre los seres humanos con la naturaleza o con otros seres humanos, en una relación sucedida que no es más que una interpretación de códigos, la interrelación de todos o de parte de ellos.

Queda, pues, claro que la manipulación informativa se hace a partir de la manipulación e instrumentalización de los códigos mismos. Todos son códigos siempre, desde la valoración de la noticia hasta la redacción del discurso informativo, pasado por la colocación de los mismos, su titulación y disposición en el cuerpo del medio que los transmite. A veces es más importante lo que se silencia que lo que se dice, y sobre lo que se dice, otras veces, se dan versiones interesadas, tendenciosas y manipuladas del propio hecho informativo que general los códigos transmisores del acontecimiento al que se hace referencia. Todo eso dependiendo de quien ostenta la propiedad del medio canalizador de los códigos comunicacionales.

El impacto obtenido en la recepción sonora o visual de un código comporta su inmediata conceptualización y su descodificación sincronizada, siempre que el código obtenido no resulte ajeno en aquel momento. La recepción de un fuerte haz de luz genera una serie de comportamientos sucesivos, que vienen determinados por la relación naturaleza-individuo-colectivo-movimiento-pensamiento-expresión oral, en donde actúan de manera sincronizada la materia, el concepto, las sensaciones y los signos. Porque el cifrado de los códigos emitidos y canalizados, tiene su complemento en la descodificación de los mismos, lo cual constituye toda una dimensión cultural, refiriéndonos a la cultura en el orden del conocimiento. Y sólo en las sociedades cultas, en aquel sentido, se pueden dar las relaciones codificales a las que nos referimos y, por tanto, la manipulación de sus códigos y de los conceptos que transportan, aunque la definición de cultura es en sí mismo una polémica universal sin resolver.

Pues bien, cualquier paso en las relaciones codificales que se dan en la comunicación periodística, y en otras menos universales, es susceptible de manipulación; todos los tramos que hacen el conducto son manipulables y, con mucha frecuencia, manipulados premeditadamente en función de los intereses de los propietarios del patrimonio que forman los medios. Todo es instrumentalizable, menos la esencia de la naturaleza de la materia misma. Es imposible sostener que no hay energía lumínica en el sol, pero sí es manipulable la valoración del día en función de la recepción de las distintas intensidades luminosas, y es que es necesario que los códigos reflejen en cada uno de sus tramos la esencia misma de la materia que los genera. Ahí es donde se adultera la comunicación en sí misma, para poder, si no anular el pensamiento, sí instrumentalizar a través de él el propio comportamiento humano.

Como escribía Emile Zola en París, en 1898, sobre el caso Dreyfus en el "J'accuse" -y es recomendable su enseñanza- «Sólo tengo una pasión, la luz, en nombre de la Humanidad que tanto ha sufrido y tiene derecho a la felicidad. Mi protesta ardiente no es sino el grito de mi alma. Hágaseme, pues, comparecer ante la Audiencia y que el sumario tenga lugar a la luz del día», para seguir señalando en otro párrafo que «En cuanto a las personas que acuso, no las conozco, jamás las he visto ni tengo contra ellas odio o rencor. No son para mí más que entidades, espíritus dañinos para la sociedad. Y este acto que realizo no es sino un medio revolucionario para acelerar la explosión de la verdad y de la justicia».